

NÉSTOR ÁLAMO, PASIÓN POR LOS ARCHIVOS

JUAN JOSÉ LAFORET HERNÁNDEZ*

Fecha recepción: 2 de mayo de 2017

Fecha de aceptación: 21 de octubre de 2017

Resumen: La relación de Néstor Álamo con el mundo de los archivos es conocida por su labor profesional en centros documentales como El Museo Canario y algunas colecciones de carácter privado o nobiliario. Este contacto le permitió adquirir una amplia cultura que fue especialmente rica en lo referido a la historia de Canarias, así como entablar relaciones intelectuales con numerosos expertos e instituciones dentro y fuera de las islas Canarias.

Palabras claves: Néstor Álamo; Archivos Privados.

Abstract: It is well known the relationship Néstor Álamo had with the world of archives due to his professional work in diverse documentary centres such as The Canarian Museum and in several private and noble collections. This relationship made possible the acquisition of a considerable knowledge which mainly focused on the history of the Canary Islands. Likewise, he established intellectual relations with numerous experts and institutions in the islands and abroad.

Key words: Néstor Álamo; Private Archives.

Resulta altamente elocuente, e independientemente de otros motivos y requerimientos institucionales y técnicos, que se haya escogido la ciudad de Guía y el entorno de la Fundación Néstor Álamo para la celebración de este VII Encuentro de Archiveros de Canarias, un evento que, como ya se ha señalado, bajo el título «¿Archivos en el Olvido? Una Aproximación a los Archivos Privados», pretende acercarse al estudio de unos orbes registrales

* Cronista oficial de Gran Canaria. Correo electrónico: jjlaforet@jjlaforet.com.

considerados de los más relegados dentro del campo archivístico, al tiempo que obviados por el régimen jurídico y la administración pública.

Y digo elocuente pues al hablar y referirse a todo ello en Santa María de Guía en particular, como en Gran Canaria en general, surge indiscutiblemente, para el siglo xx, la figura señera, inolvidable y poliédrica de Néstor Álamo Hernández, que hizo de libros y documentos, de bibliotecas y archivos no sólo columnas sustanciales tanto de su existencia cotidiana como de su trabajo intelectual y literario, sino el santo y seña de ese planeta cultural y de progreso que estaba empeñado en transmitir a todos sus paisanos, al considerarlo, en épocas muy diversas y difíciles, cauce ineludible para el progreso de esta isla.

Personalmente tengo una anécdota, una vivencia, muy elocuente de todo ello. Con apenas dieciocho o diecinueve años —no recuerdo exactamente— me convenció, tras exponerme detenidamente su significado y trascendencia, para que adquiriera dos obras que hoy son verdaderas joyas bibliográficas en mi biblioteca particular. Se trataba nada menos que de los tres primeros tomos de la *Biobibliografía de escritores canarios*, lo que me vinculó definitivamente a la figura del gran Agustín Millares Carlo —a quien, por breve espacio, en sexto de bachillerato, tuve la suerte de tener como profesor de latín, en unas clases que nos impartió excepcionalmente en la sala de juntas de El Museo Canario—, y el tomo de la *Tipografía canaria* de Vizcaya Cárpen-ter, que también me abrió desde muy pronto las puertas del subyugante mundo de la historia de imprentas, periódicos y libros isleños.

Néstor Álamo conformó poco a poco, a lo largo de toda su existencia, una biblioteca y un archivo en los que se asomó —o se *alongó*, como nos gusta decir por aquí—, a todos los amplios conocimientos que engalanaron su saber y su ser intelectual, en alguien que convirtió los libros y los documentos en una verdadera universidad, pues no tuvo otra oportunidad en la vida que la de ser casi autodidacta a través de libros, documentos y antiguos

legajos, dirigido inicialmente por quien él consideró siempre su verdadero maestro, el lectoral José Feo y Ramos, y gracias a los conocimientos de paleografía y de historia que adquirió en su larga etapa en El Museo Canario.

En la actualidad la Fundación Néstor Álamo, creada por el Ayuntamiento de Santa María de Guía, y los herederos de quien se dejó la vista catalogando y estudiando todo el enorme archivo de la Inquisición en Canarias, que se conserva en El Museo Canario —tarea que ya por sí sola constituye una obra ingente y un legado monumental—, han tenido el verdadero acierto, al tiempo que se inauguraba la Casa Museo Néstor Álamo, de rescatar y ordenar —bajo la paciente y minuciosa dirección profesional de Sergio Aguiar, bibliotecario y documentalista guinense—, para ponerla a disposición de investigadores y estudiosos tanto de su obra como del pasado de las islas Canarias y sus relaciones con otros ámbitos europeos y americanos, toda la biblioteca y el archivo privado que perteneció a Néstor Álamo. Un amplia biblioteca y un valioso archivo de más de cuatro mil volúmenes donde resaltan los temas canarios —no olvidemos que él participó en la catalogación de la Biblioteca Canaria de El Museo Canario, y esto le dejó una enorme huella intelectual en este orbe—, al tiempo que también se encuentra, como ejemplo de sus relaciones con importantes proyectos culturales de fuera de las islas, la colección casi completa de novela de Ediciones Destino, entidad con la que colaboró durante muchos años, especialmente en el semanario *Destino*, al tiempo que también escribía en *La vanguardia* y en *ABC*.

Hoy, en la Biblioteca de Cataluña, en el Fondo Joseph Vergés, fundador y director de *Destino*, con quien Néstor mantuvo una estrecha amistad, se conservan algunos documentos de Néstor Álamo, como puede ser la correspondencia suya y de Matías Vega con Josep Vergés, 1960-1961, que se encuentra en los «Documentos sobre Editorial Destino, Josep Pla y Josep Vergés».

Y menciono esto por ser muestra de las relaciones intelectuales que Néstor Álamo siempre procuró mantener fuera del archipiélago, tanto con canarios destacados con los que nunca interrumpió

pió su contacto, caso de los insignes profesores Antonio Rumeu de Armas, Francisco Morales Padrón y Antonio de Béthencourt Massieu, entre otros muchos, como con instituciones señeras a las que llegó a estar vinculado directamente, entre ellas la Real Academia Española de la Historia, de la que fue académico correspondiente, y como con otras personalidades no isleñas de la historia, la literatura o el arte. Por ello merece la pena recalcar su relación con el editor e intelectual catalán Josep Vergés que, como ya señaló Antoni Vilanova, catedrático y jurado del Nadal,

«ha sido uno de los editores más importantes de la posguerra en este país. Enérgico, gran organizador, sabía mandar y tuvo una visión cultural y política muy clarividente. Como iniciador de Destino y de la editorial, casi siempre colaborando con Joan Teixidor, fue una persona de gran influencia en este país hasta los años 60. Es una personalidad excepcional a la que hemos de estar agradecidos».

Otra curiosidad que habla de su carácter y aporta un interés añadido a este fondo bibliográfico y se vincula con el objeto y la naturaleza de la actividad que hoy nos reúne en la ciudad de Guía, es el derivado de la costumbre —que también tomé de él y he seguido en mi biblioteca personal como un peculiar y útil sistema de documentación particular—, que Néstor tenía de introducir entre las páginas de cada libro recortes de prensa sobre el mismo, o relativos a su contenido, e incluso cartas u otro tipo de apuntes referidos a su temática o a la trascendencia de los asuntos que trataba, a lo que se añadía su empeño en insertar notas con comentarios suyos o apostillas y marcas escritas sobre las mismas páginas de los libros. Este conjunto de notas, recortes de prensa y apostillas constituye ahora una fuente de información documental adicional que estoy seguro de que será de gran utilidad en el futuro para los investigadores que trabajen sobre la obra de Néstor Álamo, o en relación con los libros y documentos que se atesoran en la Fundación Néstor Álamo.

Unas brevísimas notas biográficas sobre Néstor Álamo Hernández nos señalan su nacimiento en Guía de Gran Canaria el 27 de febrero de 1906 (fallecería en Las Palmas de Gran Canaria el 24 de marzo de 1994). En su pueblo cursa estudios elementales hasta que, en 1920, marcha a La Habana donde bajo la tutela de su tío trabaja en el comercio familiar. Tras su regreso a Gran Canaria en 1922, y después de realizar el servicio militar, se independiza de su familia y se emplea como contable en algunas firmas comerciales de la capital, a la vez que comienza a introducirse en los círculos culturales de la ciudad e inicia sus primeras colaboraciones periodísticas.

Al mismo tiempo, entabla amistad con el que él consideró su maestro, el lectoral y canónigo de la catedral de Canarias José Feo y Ramos, natural de Gáldar. Según Álamo, el influjo de este sacerdote será fundamental en sus lecturas y formación intelectual, ya que lo introduce en sus primeros conocimientos de archivística y paleografía. En el periódico *El país* tuvo a su cargo la sección «Panoramas». Posteriormente, fundó en Guía, junto a Juan García Mateos, el semanario *La voz del norte*.

En 1925 entra a formar parte de El Museo Canario como oficial primero en la biblioteca de la centenaria institución científica. Allí se dedica a ordenar y clasificar, durante casi dos decenios, una importante parte de sus fondos documentales, especialmente el de la Inquisición de Canarias, compuesto de miles de manuscritos de un interés capital para la historiografía isleña que, hasta ese momento, eran de difícil consulta. El contacto diario de Néstor Álamo con esas privilegiadas fuentes de información propiciará, en su formación intelectual y en sus trabajos literarios, una visión más completa acerca del mundo insular y sus conexiones históricas fuera de sus fronteras que la que había tenido hasta entonces.

Terminada la Guerra Civil española ejerce como secretario y asesor cultural de Matías Vega Guerra, que presidió el Cabildo de Gran Canaria desde 1945 hasta 1960. Las gestiones de Néstor Álamo favorecen la creación del Archivo Histórico Provincial y la Biblioteca Provincial de Las Palmas de Gran Canaria. También

fue creador y primer director de la Casa-Museo de Colón, instalada en el corazón del núcleo primitivo de la ciudad donde los conquistadores castellanos fundaran la ciudad.

Los títulos con los que fue investido y reconocido por su labor fueron numerosos; entre ellos se encuentran el de cronista oficial de la isla de Gran Canaria, comendador de número de la Orden del Mérito Civil, miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia, hijo adoptivo de Las Palmas de Gran Canaria, Can de Plata e hijo predilecto de Gran Canaria, y en 1989 le fue otorgado el Premio Canarias de Investigación.

De su amplia y diversa obra ahora considero oportuno destacar tres que tienen en su origen mucho que ver con su actividad minuciosa y paciente como archivero y documentalista, tanto en el orbe de fondos públicos e institucionales como los de El Museo Canario, el Archivo Catedral, los parroquiales o el Archivo Histórico Provincial, u otros privados como el de Acialcázar, el del condado de la Vega Grande de Guadalupe o el de la familia Manrique de Lara, entre otros cuya propiedad no mencionaba según me comentó también en muchísimas ocasiones; y no olvido tampoco sus muchas horas de trabajo en los archivos históricos de Madrid y Sevilla, en el de la Real Academia de la Historia, o en el de la Casa de Alba. Así mismo, destacaría cómo estaba encantado del papel que había jugado como responsable de la documentación, libros y legajos de la antigua cofradía de hipotecas, en El Museo Canario y en la biblioteca León y Castillo de Telde.

Se trata, en primer lugar, de *El almirante de la Mar Océana en Gran Canaria* (1956), sobre el que llegó a desvelar no sólo que trabajó en el mismo seis años, desde 1951, o que para ello leyó «...con detenimiento y desde un punto de vista insular el extracto del *Diario de Colón*, encontrando en él alusiones que hacía a Canarias, alusiones que para la mayor parte de las gentes habían permanecido herméticas, desapercibidas...», sino que aquí «...en la isla, hallé dos datos —de interés definitivo— en el *Archivo de Acialcázar*, la prueba de que los banqueros Rivarol vivían, efectivamente, en la calle Montesdeoca y que la actual Casa de Colón era la residencia de los

Gobernadores de las Armas...); en segundo lugar aparece la obra *Thenesoya Vidina y otras tradiciones* (1959), al que añade como apéndices tres documentos sustanciales para la historia de Gran Canaria, ubicando el primero de ellos directamente en el archivo de Acialcázar; y en tercer lugar de «Crónica de un siglo: 1844-1944», que se publicó en forma de folletín, a partir de la década de los 50, en el *Diario de Las Palmas* y tuvo como objeto principal historiar las actividades sociales del Gabinete Literario con motivo de su primer centenario, pero acabó siendo una historia de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria desde mediados del siglo XIX hasta mediados del siglo XX.

También ahora, en este preámbulo al importante y trascendente encuentro para las perspectivas actuales y futuras de la archivística en Canarias que se celebrará aquí hoy y mañana, viene muy a propósito mencionar otra obra suya, menor si cabe por su naturaleza y tamaño, que no por su contenido, que es muy significativa para mostrarnos el aprecio y el valor que Néstor otorgaba al orbe documental y archivístico. Se trata de «Mi pregón de San Pedro Mártir», 29 de abril de 1954, pronunciado a través de los micrófonos de radio —como era costumbre con los pregones en aquella época, fuera éste, el de Semana Santa o el de El Pino— y que se preocupó por dar a conocer posteriormente en una cuidada edición, en la que sin embargo no constan datos de imprenta pero sí que se imprimieron 100 ejemplares, fuera de venta, en papel del siglo XVII con capitulares miniadas —algo que era muy del gusto de nuestro personaje— y otros 150 en «papel registro», y en la que incluyó una cuidada reproducción de las «*Armas de la Ysla de Gran Canaria*», un curioso y bello dibujo de Francisco Zumbado y Ripa, que data hacia 1800 en la ciudad de Telde, así como otra lámina, al final con un dibujo a plumilla de la Plaza Mayor —la plaza de Santa Ana— a comienzos del siglo XIX (a cuyo pie también señala cómo se encuentra «*En primer término la Casa de los Alféreces Mayores de la isla*») y, tras el texto del pregón en sí, enriquece la publicación con unos Apéndices en los que incluye un trabajo suyo, de neta base archivística y documental, aunque

algo literaturizado en su redacción, titulado «La isla y su alferazgo mayor» (que ya había publicado en el periódico *Falange* el 29 de abril de 1942, así como una «Certificación de las ceremonias celebradas en la ciudad de Canarias en la proclamación de Carlos III el 26 de julio de 1760» (se trata, como el propio Néstor señala, de una «*copia obtenida por Alejandro del Castillo y Bravo de Laguna del testimonio que figuraba en las diligencias sobre el Alferazgo Mayor de Gran Canaria —hoy desaparecidas— a que se alude en el texto del pregón...*»)).

El pregón en sí, tras las consabidas expresiones literarias o poéticas, muy breves en forma y espíritu en este caso, más que una exaltación vacua y rimbombante de la efeméride —algo que él no hubiera hecho nunca— es un extenso y minucioso estudio, y no por ello exento de un estilo agradable y ameno, de la evolución e incidencias de las ceremonias con las que cada 29 de abril, día de San Pedro Mártir, patrono de Gran Canaria, a lo largo de los siglos se conmemoró la festividad de la incorporación de Gran Canaria a la corona de Castilla, así como de las significativas, y en casos trascendentes, incidencias que se dieron en muy diversas épocas y contextos.

Un texto en el que vuelve a mostrar la importancia que para él tenía el trabajo con fuentes primarias, por la investigación constante en los archivos de la isla —siempre lloró y se enfureció por la desaparición inaceptable de algunos de ellos, tanto públicos como privados—, y no duda en señalar en el propio texto de este «pregón», que más parece lección histórica o académica de la efeméride, cómo:

«Todo cuanto aquí se ha dicho tenía comprobantes legales en el tesoro documental existente en el maravilloso archivo del Cabildo —Ayuntamiento— de Gran canaria, desaparecido en el incendio que manos criminales provocaran el año triste de 1842...» (él en nota aparte las atribuye a las del secretario capitular don Carlos Grandy y sus secuaces, aunque este señor fue absuelto por la justicia en su momento y posteriores indagaciones historiográficas no

encuentran tampoco pruebas fehacientes para tal inculpación, que fue moneda de cambio en la ciudad de aquellos años de mitad del siglo XIX) y continúa resaltando cómo «...Nuestra isla —el archipiélago todo— no llorará bastante esta pérdida que anegó en la nada los más valiosos testigos de nuestra historia regional, desde los tiempos de los Reyes Católicos a la etapa primera del reinado de Isabel II. Por eso la historia del Ayuntamiento de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad Real de Las Palmas de Gran Canaria, la de la isla e incluso la del archipiélago, difícilmente podrán ser escritas con sujeción a la más rigurosa verdad...».

Tampoco deja de asentar la tesis de su texto «pregón» *versus* «lección académica» en la exposición de sus bases documentales, aunque no llega a descubrir la procedencia archivística del documento principal en que se basa, pues sólo señala que «*hará unos diez o quince años llegó a nuestras manos por milagro verdadero un testimonio de las diligencias incoadas en 1795, a instancias del Conde de la Vega Grande de Guadalupe*», un documento que remite entonces a la casa condal para que obtuvieran copia del mismo, por lo que les relacionaba con él mismo, que pudo, a su vez, obtener copia, sin mencionar tampoco en este caso el archivo al que se acudía, de un documento de los muchos que al parecer conformaban, como Néstor destacó, aquel «*...hito monumental de nuestra historia...*», y deja claro que se trataba de un archivo ajeno a esta familia pues señala cómo don Alejandro lo hizo «*...acaso en su interés por devolver unos papeles que no eran de su propiedad...*». Queda claro que Néstor Álamo, como otras personas, estaba trabajando con documentos pertenecientes a archivos particulares que, por esa misma condición, no quiere mencionar, lo cual abre puertas y una nueva pista no sólo para resaltar la importancia que tienen en Canarias en general, como en Gran Canaria en particular, los archivos privados, muchos aún desconocidos y secretamente guardados, máximo cuando otros públicos e institucionales desaparecieron accidentalmente en diversas ocasiones y momentos históricos (Van der Does, incendio del ayuntamien-

to, etc.), sino para que ahora pueda seguirse una nueva línea de investigación en la búsqueda de los mismos, que sirva también, como ya intentaba hacer el propio Néstor Álamo, para concienciar a muchos propietarios de archivos y fondos documentales particulares de la importancia de ponerlos a disposición de los profesionales de la archivística y de los investigadores, que garantizarán tanto una mejor preservación de esos tesoros documentales, como un avance certero en la investigación del pasado insular.

Sólo se ha tratado de perfilar y dejar constancia, cuando se conmemora el 23º aniversario de su fallecimiento, de la relación honda que mantuvo Néstor Álamo con los archivos y fondos documentales, de la importancia y enorme valor que les daba, sobre todo en momentos en que muy pocas personas los tenían en consideración, en especial a niveles de fondos y legados particulares, de cómo la propia actividad archivística contribuyó a definir su propia vida en buena manera e incluso a modelar su propio carácter y talante. Quedan ahora abiertas las puertas a nuevas y sustanciosas investigaciones sobre archivística insular a través de las pistas que nos ha dejado Néstor con su vida y en sus obras. Vaya aquí con estas palabras, una vez más, nuestro homenaje de reconocimiento y afecto a esta figura ineludible para la historia, así como para el ser y sentir de la Gran Canaria.